

é por esta causa venimos para levar mas; é habrá tres días que aportamos á la insola del Infante, é allí sopimos cómo un caballero que una dueña traía é un hombre solo venian en un batel, y que dijeron que iban á la insola de la Torre Bermeja á se combatir con Balan el gigante, é no me sopieron decir por qué causa, sino tanto que el gobernador de aquella insola fué con el caballero á ver la batalla, porque, segun se dice, aquel jayan es el mas valiente que hay en todas las insolas, y segun vos decís que Amadís se partió por la mar con la dueña, creed que no es otro sino este; que á él convenia tanta empresa.—Mucho me habeis hecho alegre, dijo Grasandor, con estas nuevas; mas no me puedo partir de ser muy triste por me no hallar con él en tal afrenta como aquella.—No os pese, dijo Landin; que aquel no lo hizo Dios sino para le dar por sí solo la honra é gran fama que todos los del mundo juntos no podrían alcanzar.—Agora me decid, dijo Grasandor, cómo os avino; que yo fallé en un monesterio acá yuso en un fondo valle á vuestro cohermano Eliseo mal llagado, del cual no pude saber qué cosa fuese, sino tan solamente que me dijo cómo vos veníades á combatir con este caballero, é los monjes de aquel monesterio me dijeron la mala orden que él y sus hermanos tenían para vencer y deshonorar á los caballeros que con ellos se combatían, é no supe otra cosa por no me detener.» Landin le dijo: «Sabed que nosotros salimos ayer de la mar por nos ir por tierra adonde el rey Cildadan está; que estábamos muy enojados de andar sobre el agua; y llegando cerca de aquel monesterio que vistes, encontramos con una doncella que venia llorando, y demandándonos ayuda. Yo le pregunté la causa de su llanto; que si era cosa que justamente la podiese remediar, que lo faria. Ella me dijo que un caballero tenia preso á su esposo contra razon, por le tomar una heredad muy buena que tenia en su tierra, é lo tenia en una torre en cadenas, que era á la diestra parte del monesterio bien dos leguas; é yo tomé fianza de la doncella si me decia verdad, la cual me la hizo luego; é dijele á mi cohermano Eliseo que se quedase en aquel monesterio, porque venia mas enojado de la mar, en tanto que yo iba con la doncella, é que si Dios me enderezase con bien, que luego me tornaria para él; mas él porfió tanto conmigo, que no pude excusar de lo no llevar en mi compañía, é yendo por aquel valle entre aquellas matas espesas, é la doncella que nos guiaba con nosotros, vimos ir un caballero, que ya á lo llano encumbraba, armado encima de un caballo. Entonces Eliseo me dijo:—Cohermano, id vos con la doncella é yo iré á saber de aquel caballero.—Así se partió de mí, é yo fui con la doncella, y llegué á la torre donde su esposo estaba preso, é llamé al caballero que lo tenia, el cual salió desarmado á hablar conmigo; é como el rostro me vió, conocióme luego, y preguntóme qué demandaba. Yo le dije todo lo que la doncella me había dicho, y que le rogaba que ficiese luego soltar á su esposo y le no ficiese mal de allí adelante contra derecho; y él lo hizo luego por amor de mí, porque en ninguna manera se queria combatir conmigo, y me prometió de lo hacer como lo yo pedia, é maltrájele mucho, diciéndole que para hombre de tan buena suerte no convenia hacer semejantes cosas,

é púdelo hacer, porque este caballero era mi amigo, é andovimos cuando noveles caballeros algun tiempo en uno buscando las aventuras. Pues esto despachado, volvíme al monesterio como quedé, é fallé á Eliseo mal ferido, y preguntéle qué fuera dél, y él me dijo que yendo tras aquel caballero cuando de mí se partió, dándole voces que tornase; que á cabo de una pieza que tornara á él y que hobieran una brava batalla, y que, á su parecer, le tenia mucha ventaja é cuasi vencido, y que salieron otros dos caballeros de la floresta y le encontraron tan fuertemente, que le derribaron á él é al caballo y le frieron muy mal; y que si Dios no trajera á la sazón por allí dos monjes de aquel monesterio, que mucho les rogaron por su vida, que todavía lo acabaran de matar, é por amor dellos lo dejaron, y que aquellos monjes lo llevaron.—Todo eso sé yo de lo de vuestro primo; que los monjes me lo dijeron, dijo Grasandor; mas de lo vuestro no supe otra cosa sino cómo vos partisteis del monesterio para os combatir con estos malos y desleales caballeros. Mas ¿qué acordais que fagamos dellos si muertos no fueren?» Landin le dijo: «Sepamos en qué disposicion están, é así tomaremos el acuerdo.»

Etonces llegaron donde Galifon, el señor del castillo, estaba tendido en el suelo, que nunca tovo poder de se levantar; pero ya con algo de mas aliento é mas acuerdo que de ante, é asimesmo fallaron á su hermano, que no era muerto, pero que estaba muy maltrecho. Landin llamó dos escuderos, uno suyo é otro de su primo, que con ellos venian, é fizoles descender de sus palafrenes, é pusieron aquellos dos caballeros en las sillas atravesados, é los escuderos en las ancas, é fuéronse contra el monesterio con pensamiento, si Eliseo fuese muerto ó ferido de peligro, de los hacer matar, é si estoviese mejorado en salud, que tomarían otro consejo. Así como oídes llegaron al monesterio, é fallaron á Eliseo sin peligro ninguno; que un monje de aquellos, que sabia de aquel menester, le había curado y remediado mucho. A esta sazón aquel Galifon, señor del castillo, estaba en todo su acuerdo, é como vió á Landin desarmado, conociólo; que así este como sus hermanos todos eran del rey Cildadan. Mas cuando vieron que se iba á ayudar al rey Lisuarte á la guerra que con Amadís tenia, estos tres hermanos quedaron en la tierra, que los no pudo llevar consigo, y en tanto que él se detovo en aquella cuestion, ficieron ellos mucho daño en aquella comarca, teniendo al rey Cildadan en poco en le ver so el señorío del rey Lisuarte; que cuando la fortuna se muda de buena en mala, no solamente es contraria é adversa en la causa principal, mas en otras muchas cosas que de aquella caída redundan, que se pueden comparar á las circunstancias del pecado mortal, é dijele: «Señor Landin, ¿podria yo alcanzar de vos alguna cortesía? Si pensais que mis malas obras no lo merecen, merézcanlo las vuestras buenas, é no mireis á mis yerros, mas á lo que vos, segun quien sois y del linaje donde venis, debéis hacer.» Landin le dijo: «Galifon, no se esperaba de vos tan malas hazañas; que caballero que se crió en casa de tan buen rey y en compañía de tantos buenos, mucho estaba obligado á seguir toda virtud; é soy maravillado de así ver estra-

gada vuestra crianza, siguiendo vida tan mala é tan desleal.—La codicia de señorear, dijo Galifon, me desvió de lo que la virtud me obligaba, así como lo ha fecho á otros muchos que mas que yo valian é sabian; pero en vuestra mano é voluntad está todo el remedio.—¿Qué quereis que faga? dijo Landin.—Que me ganeis perdon del Rey mi señor, dijo él, é yo me porné en la su merced de vuestra parte cuanto pueda cabalgar.—¿Será así como lo decís, dijo Landin, que de aquí adelante tomaréis el estilo que conviene á la orden de caballería?—Así será, dijo Galifon, sin duda ninguna.—Pues yo os dejo libre, dijo Landin, é á vuestro hermano, tanto que seais de hoy en veinte días delante del rey Cildadan, mi señor, é hagais lo que él os mandare, y en este comedio yo os ganaré perdon.» Galifon gelo gradeció mucho, é así como lo él mandaba gelo prometió. Pues fecho esto, quedaron allí aquella noche todos juntos, é otro día de mañana Grasandor oyó misa é despidióse de Landin y de su primo para se tornar á su barca, donde la había dejado en la playa de la mar, é con mucho placer en su corazon por las nuevas que Landin le dijera, que por cierto tenia ver Amadís el caballero que aportó á la insola del Infante con la dueña, é iba para se combatir con el gigante Balan.

Así se tornó por el mesmo camino por donde viniera, y llegó á la barca ante que anocheciese, donde falló sus escuderos, con que mucho le plugo, é á ellos con él. Grasandor preguntó al marinero si sabia guiar á la insola que se llamaba del Infante. El dijo que sí, que despues que allí llegaron había atinado bien dónde estaban, lo cual luego que allí llegaron no sabian, y que él lo guiaria á aquella insola. «Pues vamos allá,» dijo Grasandor. Así movieron de la playa é andovieron toda aquella noche, é otro día á hora de visperas llegaron á la insola, é Grasandor salió en tierra, é subió suso á la villa, donde le dijeron todo lo que le había acaescido á Amadís con el Gigante, que lo sopieran del Gobernador, que allí era llegado; é Grasandor habló con él por mas ser certificado, el cual le contó todo cuanto viera de Amadís, así como la historia lo ha contado. Grasandor le dijo: «Buen señor, tales nuevas me habeis dicho, con que he habido gran placer, y esto no lo digo porque tenga en mucho haber salido Amadís tanto á su honra desta aventura, que, segun las grandes cosas y peligrosas que por él han pasado, á los que las sabemos no nos podemos maravillar de otras ningunas, por grandes que sean; mas por lo haber fallado, que ciertamente yo no podiera rescebir descanso ni folganza en ninguna parte en tanto que dél no sopiera nuevas.» El caballero le dijo: «Bien créo que, segun las grandes cosas suenan deste caballero por todas las partes del mundo, que muchas dellas habrán visto aquellos que en alguna sazón en su compañía han andado; pero yo os digo que si esta por que agora pasó todos la podieran ver como la yo vi, que bien la contarian entre las mas peligrosas.» Entonces se dejaron de hablar mas en aquello, é Grasandor le dijo: «Ruégoo, caballero, por cortesía que me deis alguno vuestro que me guie á la insola donde Amadís está.—De grado lo faré, dijo él, é si alguna provision habeis menester para la mar, luego se os dará.—Mucho os lo agradezco, dijo Grasandor; que

yo trayo todo lo que me cumple.» El caballero de la insola dijo: «Vedes aquí uno que os guiará, que ayer vino de allá.» Grasandor gelo gradeció y se metió en su fusta con aquel hombre que lo guiaba, y fué por la mar adelante, é tanto andovieron, que llegaron sin contraste alguno al puerto de la insola de la Torre Bermeja, donde Amadís estaba, é luego fué tomado por los hombres del jayan, y le preguntaron qué demandaba. Él les dijo que venia á buscar un caballero que se llamaba Amadís de Gaula, que le dijeron que estaba en aquella insola. «Verdad decís, dijeron ellos; sobid con nosotros al castillo, que allí lo fallaréis.»

Etonces salió de la barca armado como estaba, é subió suso al castillo con aquellos hombres, é cuando á la puerta fué dijeron á Amadís cómo estaba allí un caballero que le demandaba. Amadís pensó luego que seria alguno de sus amigos, é salió contra la puerta, é cuando vió que era Grasandor fué el mas alegre del mundo, é abrazólo con mucha alegría, é Grasandor asimesmo á él, como si mucho tiempo pasara que se no hobieran visto. Amadís le preguntó por su señora Oriana qué tal quedaba, é si recibiera mucho enojo por su venida. Grasandor le dijo: «Mi buen señor, ella y todas las otras quedaban muy buenas, é de Oriana os digo que recibí grande afrenta é mucha turbacion cuando por mí lo supo; mas como su discrecion sea tan sobrada, bien cuidó que no sin gran causa fecistes este camino, é no tengais creído que ningun enojo ni saña le queda, sino es pensar tan solamente que no os podrá ver tan presto como lo desea; é como quiera que yo venga á os llamar, placer habrá que por mí os detengais aquí cuatro ó cinco días, porque vengo enojado de la mar.—Por bien lo tengo, dijo Amadís, que así se faga; que yo tambien lo he menester, porque aun me siento flaco de unas feridas que hobe, de que no soy bien sano, é mucho me fecistes alegre de lo que me decís de mi señora; que en comparacion de su enojo, todas las cosas que me podrian venir de grandes afrentas, ni aun la mesma muerte, no las tengo en tanto como nada.»

## CAPITULO XLIX.

Cómo estando Amadís en la insola de la Torre Bermeja, sentado en unas peñas sobre la mar, hablando con Grasandor en las cosas de su señora Oriana, vió venir una fusta, de donde supo nuevas de la flota que era ida á Sansueña é á las insolas de Landas.

Así como ois estaban en aquella insola de la Torre Bermeja Amadís é Grasandor con mucho placer, é Amadís siempre preguntaba por su señora Oriana, que en ella eran todos sus deseos é cuidados; que aunque la tenia en su poder, no le fallecia un solo punto del amor que siempre le hobo, antes agora mejor que nunca le fué sojuzgado su corazon, é con mas acatamiento entendia seguir su voluntad, de lo cual era causa que estos grandes amores que entrambos tovieron no fueron por accidente, como muchos hacen, que mas presto que aman y desean, aborrecen; mas fueron tan entrañables é sobre pensamiento tan honesto é conforme á buena conciencia, que siempre crecieron, así como lo facen todas las cosas armadas é fundadas sobre la vir-

tud; pero es al contrario lo que todos generalmente seguimos, que nuestros deseos son mas al contentamiento é satisfacion de nuestras malas voluntades é apetitos, que á lo que la bondad é razon nos obliga; lo cual en nuestras memorias é ante nuestros ojos debriamos tener, considerando que si todas las cosas dulces é sabrosas fuesen en nuestras bocas puestas, y en fin de la dulzura un sabor amargo quedase, no tan solamente lo dulce se perdería, mas la voluntad sería tan alterada, que con lo postrimero grande enojo de lo primero se sentiría; así que, bien podemos decir que en la fin es lo malo de la gloria y perficion. Pues si esto es así, ¿por qué dejamos de conocer que aunque las cosas deshonestas, así amores como de otra cualquiera cualidad, trayan al comienzo dulzura é al fin amargura é arrepentimiento; que las virtuosas y de buena conciencia, qué al comienzo pasan con aspereza é amargura, la fin siempre da contentamiento é alegría. Pero en lo deste caballero y de su señora no podemos apartar lo malo de lo bueno, ni lo triste de lo alegre, porque desde su comienzo siempre su pensamiento fué en seguir la honesta fin en que agora estaban; é si cuidados é angustias uno por otro pasaron, que no fueron pocas, como esta grande historia lo cuenta, no creais que en ellas recibían pena ni pasión, antes mucho descanso é alegría, porque mientras mas veces á la memoria traian sus grandes amores, tantas eran causa de se tener el uno al otro delante sus ojos como si en efeto pasara, lo cual les daba tan gran remedio é consuelo á sus alegres congojas, que por ninguna guisa quisieran de sí partir aquella sabrosa membranza. Mas dejemos de hablar en esto destes leales amadores, así porque no tienen cabo, como porque muy grandes tiempos pasaron y pasarán antes que otros semejantes se vean, ni de quien con tan grande escritura memoria quede. Pues así hablaba Amadís con Grasador en aquellas cosas que mas le agradaban, é avínoles que estando entrambos en unas peñas altas sobre la mar, vieron venir una fusta pequeña derechamente á aquel puerto, é no quisieron de allí partir sin que primero sopiesen quién en ella venía. Llegada la fusta al puerto, mandaron á un escudero de los de Grasador que sopiese qué gente era la que allí arribara; el cual fué luego á lo saber, é cuando volvió dijo: «Señores, allí viene un mayordomo de Madasima, mujer de don Galvanes, que pasa á la insola de Mongaza.—Pues ¿de dónde viene? dijo Amadís.—Señor, dijo el escudero, dicen que de donde está don Galvanes é don Galaor, é no supe dellos mas.» Cuando Amadís esto oyó descendieron él é Grasador de las peñas, é fuéronse al puerto donde la fusta estaba, é como llegaron, conoció Amadís á Nolfon, que así habia nombre el mayordomo, é dijole: «Nolfon, amigo, mucho soy ledo con vos porque me diréis nuevas de mi hermano don Galaor y de don Galvanes; que despues que de la insola Firme partieron nunca las he sabido.»

Quando el mayordomo lo vió y conoció que era Amadís, mucho fué maravillado por lo hallar en tal parte, que bien sabia él cómo aquella insola era del gigante Balan, el mayor enemigo que Amadís tenia, por le haber muerto á su padre; é luego salió en tierra, é fincó los hinojos ante él por le besar las manos, mas Amadís lo

abrazó é no gelas quiso dar. El mayordomo le dijo: «Señor, ¿qué aventura fué aquella que aquí vos trajo en esta tierra tan desviada de donde os dejamos?» Amadís le dijo: «Mi buen amigo, Dios me trajo por un caso que despues sabréis; mas decidme todo lo que de mi hermano y de don Galvanes é Dragonis habeis visto.—Señor, dijo él, Dios loado, yo os lo puedo decir muy bien, é cosas de vuestro placer. Sabed que don Galaor é Dragonis partieron de Sobradisa con mucha gente é bien aderezada, é don Galvanes, mi señor, se juntó con ellos con toda la mas gente que haber pudo de la insola de Mongaza en la alta mar, á una roca que por señal tenían, que se llama la peña de la Doncella Encantadora; no sé si la oistes decir.» Amadís le dijo: «Por la fe que á Dios debeis, mayordomo, que si algo de las cosas que en esa peña son sabeis, que me las digais; porque don Gavarte de Val Temeroso me hobo dicho que seyendo él mal doliente, viniendo por la mar, pasó al pié desta peña que decis, y que su mal le estorbaba de sobir suso, y ver muchas cosas que en ella son, y que le dijeron los que las han visto que entre ellas habia una gran aventura en que fallecian de la acabar los caballeros que la probaban.» El mayordomo le dijo: «Todo lo que desto pude aprender y quedó en memoria de hombres vos diré de grado. Sabed que á aquella peña quedó este nombre porque tiempo fué que aquella roca fué poblada por una doncella que de allí fué señora, la cual mucho trabajó de saber las artes mágicas é nigromancia, é aprendiólas de tal manera, que todas las cosas que á la voluntad le venian acababa; y el tiempo que vivió allí hizo su morada, la cual tenia la mas hermosa é rica que nunca se vió; é muchas veces acaeció tener al derredor de aquella peña muchas fustas que por la mar pasaban desde Irlanda é Nuruega é Sobradisa á las insolas de Landas é á la Profunda Insula, é por ninguna guisa de allí se podian partir si la doncella no diese á ello lugar, desatando aquellos encantamientos con que ligadas é apremiadas estaban, y dellas tomaba lo que lo placía; é si en las fustas venian caballeros, teníalos todo el tiempo que le agradaba, é hacíalos combatir unos con otros hasta que se vencian é aun mataban, que no habian poder de hacer otra cosa, y de aquello tomaba ella mucho placer; otras cosas muchas facía que serian largas de contar; pero como sea cosa muy cierta los que engañan ser engañados é maltrechos en este mundo y en el otro, cayendo en los mismos lazos que á los otros armaron, á cabo de algun tiempo que esta mala doncella con tanta riqueza é alegría sus dias pasaba, creyendo penetrar con su gran saber los grandes secretos de Dios, fué, permitiéndolo él, traída y engañada por quien nada desto no sabia; y esto fué, que entre aquellos caballeros que así allí trajo fué uno natural de la isla de Creta, hombre hermoso é asaz valiente en armas, de edad de veinte y cinco años. Deste fué la doncella con tanta afición enamorada, que de su sentido la sacaba; de manera que su gran saber ni la gran resistencia y freno que á su voluntad tan desordenada y vencida ponía, no la podieron excusar que á este caballero no ficiese señor de aquello que aun fasta allí ninguno poseído habia, que era su persona; con el cual algun tiempo con mucho

placer de su ánimo pasó, y él asimesmo con ella, mas por el interese que de allí esperaba que por su fermosura della, de la cual muy poco la natura la habia ornado. Así estando en esta vida aquella doncella y el caballero su amigo, él considerando que en tal parte como aquella tan extraña é apartada, siendo del mundo señor, muy poco le aprovechaba, comenzó á pensar qué faría porque de aquella prision salir pudiese, y pensó que la dulce palabra y el rostro amoroso con los agradables autos, que en los amores consisten, aun siendo fingidos, tenían mucha fuerza de turbar é trastornar el juicio de toda persona que enamorada fuese; é comenzó mucho mas que ante á se le mostrar sojuzgado é apasionado por sus amores, así en lo público como en lo secreto, é rogarla con mucha afición que diese lugar á que no pensase que aquello le venia por causa de las fuerzas de sus encantamientos, sino solamente porque su voluntad y querer á ello le inclinaban. Pues tanto la afincó, que creyendo ella tenerlo enteramente, é juzgando por su sojuzgado é apremiado corazón, que tan sin engaño como ella lo amaba, así lo hacia él, dejóle libre que de sí pudiese hacer á su gusto. Como él así se vió, deseando mas que ante dejar aquella vida, estando un dia hablando con la doncella á la vista de la mar, como otras muchas veces, abrazándola, mostrándole mucho amor, dió con ella de la peña ayuso tan gran caída, que toda fué hecha piezas. Como el caballero esto hobo fecho, tomó cuanto allí falló é todos los moradores, así hombres como mujeres, y dejando la isla despoblada, se fué á la isla de Creta; pero dejó allí en una cámara del mayor palacio de la doncella un gran tesoro, segun dicen, que no lo pudo tomar él ni otro alguno, por estar encantado, fasta el dia de hoy; é algunos que en el tiempo de los grandes frios, cuando las serpientes se encierran, que se han atrevido á subir en la peña, dicen que han llegado á la puerta de aquella cámara; pero que no han poder de entrar dentro, y que están letras escritas en la una puerta, tan coloradas como sangre, y en la otra otras letras que señalan el caballero que allí ha de entrar y ha de ganar aquel tesoro, sacando primero un espada que está metida hasta la empuñadura por las puertas, é luego serán abiertas. Esto es, Señor, lo que sé de lo que me preguntastes.»

Amadís, desde que lo hobo oido, estuvo un poco pensando cómo podría él acabar aquello que en tantos habia fallecido, é calló, que no dijo nada dello; mas preguntó á Nolfon lo de sus hermanos é sus amigos; é le dijo: «Señor, pues juntas las flotas allí al pié de aquella peña que ois, tomaron la via de la Profunda Insola, mas no pudo ser tan secreta su llegada, que ante no les fuese á todos manifesta por algunas personas que por la mar tenían, é toda la insola se alborotó con un primo hermano del rey muerto; é como al puerto llegamos, ocurrió allí toda la gente, con la cual hobimos una grande y peligrosa batalla, ellos de la tierra é nosotros de los navíos; mas al cabo don Galaor é don Galvanes é Dragonis saltaron en tierra á mal su grado de los enemigos, é hicieron tal estrago en ellos, é con otros muchos de los nuestros que les ayudaron, que apartaron por aquel cabo la gente de la ribera; así que, ho-

bimos lugar de salir de las naos, é luego todos de consuno ferimos en ellos tan recio, que no nos pudiendo sufrir, volvieron las espaldas; pero las cosas que don Galaor hizo no las podría hombre ninguno contar, que allí cobró todo lo que en tanto tiempo con su gran dolencia habia perdido; y entre los que mató fué aquel capitán primo del Rey, que dió mas ahína causa á que toda su gente fuese por nosotros en la villa encerrada, donde los cercamos por todas partes; mas como todos fuesen hombres de poca suerte é no toviesen caudillo, que los mas principales de aquella insola murieron con el Rey su señor en el socorro de Luvaina, é otros muchos fueron presos, é nos vieron señorear el campo é á ellos, sin remedio de ser socorridos, movieron trato luego que les asegurasen lo suyo, é los dejasen en ello como lo tenían, y se darian; é así se fizó, que no ocho dias despues que allí llegamos fué ganada toda la isla é alzado Dragonis por rey; é porque don Galvanes, mi señor, é don Galaor fueron feridos, aunque no mal, acordaron de me enviar á mi señora Madasima é á la reina Briolanja á las decir las nuevas, é yo, Señor, víneme por aquí por ver á Madasima, tia de mi señora, á quien ella mucho precia é ama, porque es una señora muy noble y de gran bondad, é no con pensamiento de vos hallar en esta parte.» Amadís hobo gran placer de aquellas nuevas, é dió muchas gracias á Dios porque tal vitoria habia dado á su hermano é aquellos caballeros que él tanto amaba, y preguntóle si sabian allá algo de lo que don Cuadragante é don Bruneo de Bonamar é los caballeros que con ellos fueron habian fecho. «Señor, dijo él, despues que la isla ganamos fallamos en ella algunas personas que fueron de las insolas de Landas é de la cibdad de Arabia (1), pensando que allí estaban mas á salvo, no sabiendo nada de nuestra ida, é dijeron que antes que de allá partiesen habian habido una gran batalla con un sobrino del rey Arábigo é con la gente de la cibdad é de la isla; pero al cabo los de las insolas fueron desbaratados é maltrechos, y que de lo demás no sabian cosa alguna.» Con estas nuevas, todos con gran placer subieron al castillo, é Amadís habló con Balan el gigante, que aun del lecho no era levantado, é dijole que le convenia partir de allí en todo caso, é que le rogaba que mandase dar á Darioleta é á su marido todo lo que les habia tomado, é la fusta en que allí vinieran, porque se fuesen á la insola Firme, y que tambien habria placer que con ellos enviase á su hijo Bravor é á su mujer, porque los viese Oriana, y estoviese con otros donceles de gran guisa que allí estaban fasta que fuese sazón de lo armar caballero, y que él se lo enviaria tan honrado como á hombre de tan alto logar convenia. El Gigante le dijo: «Señor Amadís, así como mi voluntad fasta aquí ha estado con deseo de te hacer todo el mal que pudiese, así agora al revés d'aquel pensamiento, que yo te amo de buen amor, y me tengo por honrado en ser tu amigo, y esto que mandas se fará luego; é yo cuando me levante y esté en disposicion de trabajar, quiero ir á ver tu casa y esa insola, y estar en tu compañía todo el tiempo que

(1) En otro lugar Arábigo, corte del rey Arábigo. Véase la página 311.

te agradare.» Amadís dijo: «Así como lo dices se haga, y cree que siempre en mí ternás un hermano, por lo que tú vales é por quien eres, é por el deudo que con Gandalac, al cual mis hermanos é yo en lugar de padre tenemos; é danos licencia, que mañana nos queremos ir, é no pongas en olvido lo que me prometes.» Pero quiero que sepais que este Balan no fizo aquel camino tan presto como él cuidaba; ante sabiendo que don Cuadragante é don Bruneo tenían cercada la cibdad de Arabia y estaban en alguna necesidad de gente, tomó toda la mas que pudo haber de la insola y de las otras de sus amigos, y fuéles á ayudar con tal aparejo, que dió ocasion que aquello que comenzado estaba con gran honra se acabase, é nunca dellos se partió fasta que aquellos dos señoríos de Sansueña y del rey Árabeto fueron ganados, como adelante lo contará la historia.

Agora dice la historia que Amadís é Grasandor se partieron un lunes por la mañana de la gran insola llamada de la Torre Bermeja, donde aquel fuerte gigante llamado Balan era señor, é Amadís rogó á Nolfon, mayordomo de Madasima, que le diese un hombre de los suyos que le guiasse á la Peña de la Doncella Encantadora. Nolfon le dijo que le placía, y que si él quisiese subir á la Peña, que entonces tenía buen tiempo, por ser invierno, y en lo mas frío dél, y que si le mandaba ir con él, que de grado lo faría. Amadís se lo agradeció, é le dijo que no era menester que él dejase lo que le habían mandado; que á él le bastaba solamente una guía. «En el nombre de Dios, dijo el mayordomo, y él vos guie y enderece en esto y en todo lo otro que comenzáredes, como fasta aquí lo ha fecho.» Entonces se despidieron unos de otros, é el mayordomo fué su camino de Anteyna (1), é Amadís é Grasandor movieron por la mar con la guía que levaban, é bien andovieron cinco días que la Peña no podieron ver, aunque el tiempo les facía muy bueno; é al sexto día, una mañana, víéronla tan alta, que no parecía sino que á las nubes tocaba. Pues así andovieron fasta ser al pié della, é fallaron allí un barco en la ribera sin persona que lo guardase, de que fueron maravillados; pero bien creyeron que alguno que á la Peña era subido lo dejara allí. Amadís dijo á Grasandor: «Mi buen señor, yo quiero subir en esta roca y ver lo que el mayordomo nos dijo, si es así verdad como lo él contó; é mucho vos ruego, aunque alguna congoja sintais, que me aguardéis aquí fasta mañana en la noche, que yo podré venir ó haceros señal desde arriba cómo me va; é si en este comedio ó al tercero día no tornare, podréis creer que mi hacienda no va bien, é tomaréis el acuerdo que vos mas agradare.» Grasandor le dijo: «Mucho me pesa, Señor, porque no me tengais por tal que mi esfuerzo haste para sufrir cualquiera afrenta que sea, fasta la muerte, en especial fallándome en vuestra compañía; que lo que á vos sobra de esfuerzo podrá bien suplir lo que en mí faltare; y el mal ó bien que desta sobida

(1) Así en las dos ó tres ediciones antiguas que hemos consultado con el fin de restablecer en lo posible el texto genuino de este libro, pero sospechamos que en lugar de Anteyna ó Antaina, nombre que parece de una ciudad ó isla no nombrada antes, habrá quizá de leerse «do antes yua».

se podrá seguir, quiero que mi parte me quepa.» Amadís lo abrazó riendo é dijo: «Mi señor, no lo tomeis á esa parte lo que yo dije; que ya sabeis vos muy bien si soy testigo de lo que vuestro esfuerzo puede bastar; é pues así os place, así se haga como lo decis.»

Entonces mandaron que les diesen algo de comer, é así fué fecho; é desque hobieron comido lo que les bastaba para tan gran subida é á pié, que á caballo era imposible, tomaron sus armas todas sino las lanzas, é comenzaron su camino, el cual era todo labrado por la Peña arriba, pero muy áspero de sobir; é así andovieron una gran pieza del día, á las veces andando é otras descansando muchas veces, que con el peso de las armas recibían gran trabajo; é á la mitad de la Peña fallaron una casa como ermita labrada de canto, y dentro en ella una imágen como ídolo de metal con una gran corona en la cabeza del mesmo metal, la cual tenía arrimada á sus pechos una gran tabla cuadrada dorada de aquel metal, é sostenía la imágen con las manos ambas, como que la tenía abrazada, y estaban en ella escritas unas letras asaz grandes, muy bien fechas, en griego, que se podían muy bien leer, aunque fueron fechas desde el tiempo que la Doncella Encantadora allí había estado, que eran pasados mas de docientos años; que esta doncella fué fija de un gran sabio en todas las artes, natural de la ciudad de Argos, en Grecia, é mas en las de la mágica é nigromancia, que se llamaba Finetor, é la bija salió de tan sutil ingenio, que se dió á aprender aquellas artes; é alcanzólas de tal manera, que muy mejor que su padre ni que otro alguno de aquel tiempo las supo, é vino á poblar aquella Peña, como dicho es. La forma de cómo lo fizo, por ser muy prolijo, é por no salir del cuento que conviene, lo deja la historia de contar. Cuando Amadís é Grasandor entraron en la ermita, sentáronse en un poyo de piedra que en ella hallaron por descansar, é á cabo de una pieza levantáronse é fueron á ver la imágen, que les parecía muy hermosa, é miráronla gran rato é vieron las letras. E Amadís las comenzó á leer, que en el tiempo que andovo por Grecia aprendió ya cuanto de lenguaje é de la letra griega, é mucho dello le mostró el maestro Elisabat cuando por la mar iba, é tambien le mostró el lenguaje de Alemania é de otras tierras, los cuales él muy bien sabía, como aquel que era gran sabio en todas las artes; é había andado muchas provincias; é las letras decían así: «En el tiempo que la gran insola florecerá y será señoreada del poderoso Rey, y ella señora de otros muchos reinos é caballeros por el mundo famosos, serán juntos en uno la alteza de las armas é la flor de ferrosura, que en su tiempo par no ternán, y dellos saldrá aquel que sacará la espada con que la órden de su caballería cumplida será, y las fuertes puertas de piedra serán abiertas, que en sí encieran el gran tesoro.» Cuando Amadís hobo leído las letras dijo á Grasandor: «Señor, ¿habeis leído estas letras?—No, dijo él; que no entiendo en qué lenguaje son escritas.» Amadís le dijo todo lo que decían y le semejava profecía antigua, é que, á su pensar, no se acabaría por ninguno dellos aquella aventura; como quiera que bien pensó que él é Oriana, su señora, podrían ser estos dos de quien se había de engendrar

aquel caballero que la acabase; mas desto no dijo nada. Y Grasandor le dijo: «Si por vos no se acaba, que sois fijo del mejor caballero del mundo, é aquel que en todo su tiempo en mayor alteza ha tenido é sostenido las armas, y de la Reina, que, segun he sabido, fué una de las mas hermosas que en su tiempo hobo, muchos tiempos pasarán antes que haya fin; por esto vamos suso á la Peña, é no nos quede cosa alguna por ver é por probar; que así como á otros es cosa extraña acabar una grande aventura, así lo será, é mucho mas á vos, dejar de la acabar, é si tal acaecié, veré yo lo que ninguno hasta hoy pudo ver en vuestro tiempo.» Amadís se rió mucho, é no le respondió ninguna cosa; pero bien vió que su dicho valía poco, porque ni la bondad de su padre en armas, ni la ferrosura de su madre no igualaba con gran parte á lo dél y de Oriana, é díjole: «Agora subamos, é si ser podiere, lleguemos suso antes que sea noche.»

Entonces salieron de la ermita é comenzaron é subir con gran afán, que la Peña era muy alta é agria, é tardaron tanto, que antes que á la cumbre llegasen les tomó la noche; así que, les convino quedar debajo de una Peña, en la cual toda la noche estovieron hablando en las cosas pasadas, todo lo mas en sus amigas é mujeres, que allí tenían sus corazones, y en las otras señoras que con ellas estaban; é Amadís le dijo á Grasandor que si la ira é saña de su señora no temiese, que en bajando de la Peña se irían donde estaban don Cuadragante é don Bruneo é Agrájes, é los otros sus amigos, para los ayudar. Grasandor le dijo: «Así lo querría yo, pero no conviene que á tal sazón se haga; porque, segun vos partistes de la insola Firme con tanta presura, é yo con ella os vine á demandar, si acá nos tardamos, gran tristeza é dolor se causaría dello á vuestra amiga, especialmente no sabiendo cómo vos fallé; así que, ternia por bien que aquella ida á la ver primero que á otra parte que excusar se pueda se compliese, y entre tanto sabrémos mas nuevas de aquellos caballeros que decis, é tomarémos el mejor acuerdo; é si menester fuere, nuestra ayuda fagámosla con mas compañía que con nos vayan.—Así se faga, dijo Amadís, é sea nuestro camino por la insola del Infante, é allí tomaremos un barco para uno destes vuestros escuderos, en que lleve mi carta á Balan el gigante, por la cual le rogaré que desde su insola envíe tal recaudo adonde ellos están, que presto podamos ser avisados de lo que facen en la insola Firme, donde lo atenderémos.—Mucho bien será,» dijo Grasandor. Así estovieron debajo de la Peña, á las veces hablando é á las veces durmiendo, fasta que el día vino, que comenzaron á sobir aquello poco que les quedaba; é cuando fueron en la cumbre miraron á todas partes, é vieron un llano muy grande, é muchos edificios de casas derribadas, y en medio del llano estaban unos palacios muy grandes, é gran parte dellos caída, é luego fueron por los ver, y entraron debajo de un arco de piedra muy hermoso, encima del cual estaba una imágen de doncella de piedra hecha en mucha perficion, y tenía en la mano diestra una péndola de la misma piedra tomada con la mano, como si quisiese escrebir, y en la mano siniestra un rétujo con unas letras en griego, que de-

cian en esta manera: «La cierta sabiduría es aquella que ante los dioses mas que ante los hombres aprovecha, é la otra es vanidad.» Amadís leyó las letras é dijo á Grasandor lo que decían, é asimismo le dijo: «Si los hombres sábios toviesen conocimiento de la merced que de Dios resciben en les dar tanta parte de su gracia, que por ellos sean regidos, consejados é gobernados otros muchos, é quisiesen ocupar su saber en haber cuidado de apartar de su ánima aquellas cosas que apartar los pueden de ir con aquella claridad é limpieza, como en el mundo venir la fizo aquel su muy alto Señor, ¡oh cuán bienaventurados serían los tales! é cuán frutuoso é provechoso su saber! Pero siendo al contrario, como generalmente por nuestra mala inclinacion é condicion nos acaece, empleamos aquel saber que para nuestra salvacion nos fué dado, en las cosas que prometiéndonos honras, deleites, provechos mundanales, perecederos, deste mundo, nos facen perder el otro eterno sin fin, así como lo fizo esta sin ventura doncella, que en estas pocas letras tan grandes sentencias é dotrinas muestra, é tanto su juicio fué dotado é cumplido de todas las mas sotiles artes, é tan poco de su gran saber tovo conocimiento ni se supo aprovechar.»

Pero dejemos agora de hablar mas en esto, pues que errando como los pasados, hemos de seguir lo que siguieron, é vamos adelante á ver lo que se nos ofresce. Así pasaron por aquel arco, y entraron á un gran corral, en que había unas fuentes de agua, cabe las cuales parecía haber habido grandes edificios, que ya estaban derribados, é las casas que al derredor otro tiempo allí fueron, no parecía dellas sino tan solamente las paredes de canto que eran quedadas, que las aguas no habían podido gastar; é asimismo fallaron entre aquellos casares cuevas muchas de las serpientes que allí se acogían, é bien cuidaron que no podrían ver lo que buscaban sin alguna grande afrenta; pero no fué así, que ninguna dellas, ni otra cosa que estorbo les ficiese, podieron ver. Así entraron por las casas adelante, abrazados sus escudos, é los yelmos en las cabezas, é las espadas desnudas en las manos; é pasando aquel corral, entraron en una gran sala, que era de bóveda, que la fortaleza del betun é del canto podieron defender que en cabo de tantos años se pudiese ver gran parte de su rica labor; en cabo desta sala vieron unas puertas cerradas de piedra, tan juntas, que no parecía cosa que dentro estoviese, é por donde se juntaban estaba metida una espada por ellas fasta la empuñadura, é luego vieron que aquella era la cámara encantada donde estaba el tesoro. Mucho miraron el guarnimiento della, mas no podieron saber de qué fuese, tan extraño era fecho, especialmente la manzana é la cruz, que lo que el puño cierra semejóles que era de hueso tan claro como el cristal, é tan ardiente é colorado como un fino rubí; é asimismo vieron á la parte diestra de la una puerta siete letras muy bien tajadas, tan coloradas como viva sangre, y en la otra parte estaban otras letras mucho mas blancas que la piedra, que eran escritas en latin, que decían así: «En vano se trabajará el caballero que esta espada de aquí quisiere sacar por valentía ni fuerza que en sí haya, sino